

RAMÓN RAMÍREZ LÓPEZ, M. A.

*Catedrático Asociado de Educación y Director,
Departamento de Pedagogía General,
Universidad de Puerto Rico.*

VALORES E IDEALES

Ponencia presentada en el Seminario Sobre Evaluación, bajo los auspicios de la Oficina de Evaluación y Orientación de las Escuelas Elemental y Superior de la Universidad de Puerto Rico, el 28 de marzo de 1955.

Naturaleza del problema

Nuestro tema es muy significativo. Los valores son objetivos indispensables de la docencia. Enseñar el valor de las cosas, de aquellas que son más susceptibles a los sentidos corporales, es decir, la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, hasta aquellas más inmateriales o ideales, sólo susceptibles a un "sexto sentido", a percibir, que es más que ver, oír, oler o gustar, ha sido y seguirá siendo preocupación del maestro.

El valor que las personas le atribuyen a las cosas constituye la clave para el estudio del carácter, que es uno de los

aspectos más importantes de la personalidad humana. Muchos psicólogos miran el carácter como modo consistente de actuar, pensar o sentir, como modo usual de responder a las situaciones de la vida; esto es, la manera como las personas actúan, piensan o sienten la mayor parte de las veces.¹ Otros, como el aspecto ético de la conducta, la habilidad normativa desarrollada por los individuos que establece en ellos el obligado criterio de lo bueno y lo malo, facilitándoles hacer juicios selectivos dentro de una cultura particular. Por ejemplo, consideramos bueno que el maestro se ocupe de los valores y que crea en éstos como logros que deben resultar de la enseñanza; por otra parte, consideramos malo que el maestro ignore los valores por creerlos cosa baladí. En este ejemplo podemos ver ya el primer concepto del carácter, esto es, una cualidad característica del maestro; por otra parte, el segundo concepto del carácter, el aspecto ético.

Formar el carácter es responsabilidad de las agencias educativas —el hogar, la escuela y la comunidad. En la última —la iglesia, los medios de comunicación como la radio, el cine o la televisión; los materiales de lectura como periódicos, revistas y tirillas cómicas; los parques y agrupaciones recreativas y de afición en que participan los niños y adolescentes. De poderse engranar estas agencias en un programa de proyección común resultarían en la solución de los conflictos que, por motivo de su conducta, ofrecen tanto niños como adolescentes y adultos.

El sentido de los valores, o sea, la importancia que las personas adjudican a las cosas, constituye la base del carácter. Decimos que un niño es afable, cariñoso, responsable, comprensivo, honrado, limpio, cumplidor, ordenado, cooperador, económico, optimista, altruísta, atento, cortés, reverente, respetuoso, curioso y entusiasta. Por otra parte, decimos que otro es huraño, apático, pesimista, descuidado, deshonesto, irrespetuoso, egoísta, irreverente, indecoroso, desatento, dominante e intransigente. En ambos casos estamos refiriéndonos al carácter, ya como la

¹ Witherington, H. C., *Educational Psychology*, Ginn & Co. N. Y., 1946, pág. 406.

modalidad usual o casi usual de la conducta, o como norma ética que le da dirección a su vida.

Las características personales que señalamos arriba y que son sólo parte de una larga lista de características, arrancan de los valores, lo que las personas consideran importante en la vida. La abundancia del corazón y de la mente da el tono a los actos de conducta. El elemento saturador del hombre, diría William James, le dará dirección a su conducta.²

Nuestro problema, importante por sus múltiples implicaciones, se resiste, por lo sutil, al esfuerzo psicométrico. Los psicólogos vienen bregando con el tema tenazmente y sin embargo, no están seguros de haber encontrado criterios evaluativos confiables. Han ensayado los métodos más conocidos: el cuestionario, la entrevista, la hoja de cotejo, la autoevaluación y también los métodos más nuevos como la sociometría y la técnica proyectiva. Han ensayado, además, el estudio por aplicación del análisis estadístico, sin haber podido declarar que han encontrado la forma correcta de evaluarlos.

Con este tipo de situación es que tratamos de lidiar. Lo hacemos con cautela para no comprometer nuestra limitada preparación y capacidad para bregar con el tema.

Origen y desarrollo de la axiología

¿Qué son valores? "Valor es el grado de utilidad o la aptitud que tienen las cosas para satisfacer las necesidades humanas o para proporcionar bienestar o deleite al ser". Esta definición de diccionario parece estar de acuerdo con Thorndike, que encuentra la raíz de los valores en la satisfacción o el disgusto que sienten los animales, las personas y los dioses.³ Entiéndase por ideal, que no es físico, real o verdadero, sino que sólo está en la fantasía. En la usanza corriente y en plural,

² Engleman, F. E., "Education, first line of defense", *Phi Delta Kappan*, octubre 1951.

³ Trow, C., "The value concept in educational psychology", *Journal of Educational Psychology*, dic. 1953, Vol. 44, núm. 8, págs. 449-462.

los ideales representan las supremas aspiraciones del hombre, en contraste con aquellas aspiraciones que están cercanas a su realización y que llamamos intereses. Los ideales representan aquello que más ardientemente deseamos que ocurra; así que hablamos de ideales o aspiraciones de índole política o social o económica o religiosa o estética o teórica. Difícil por demás resulta separar los ideales de los valores. Los ideales arrancan de la cosas que consideramos importantes en la vida, o sea el dinero o la prosperidad material, la belleza, el conocimiento, el servicio a los demás, la comodidad personal y el dominio sobre otros, o la justicia, la verdad, la piedad, el amor, la honradez, la bondad, la valentía, las virtudes cardinales que constituyeron la gran preocupación de los psicólogos y educadores de otras épocas. Sólo se desea ardientemente que ocurra aquello que está en línea con algo que por alguna razón consideramos importante, más importante que otras cosas.

Edward Spranger es quizás quien con mayor diligencia se ha ocupado de los valores humanos. Todos los que le han seguido toman su esquema valorativo como punto de partida cuando menos, como marco de referencia. Spranger nos ofrece un sistema de seis valores que representan el carácter de las personas.

Cuando las personas poseen el *valor teórico* dan especial importancia al conocimiento, al saber, y no ven más alternativa en la vida que lo verdadero y lo falso. “Metafísica emoción”, dice Spranger, “del que puede desesperarse ante el ignorar y del que puede sentir júbilo ante un mero descubrimiento, aunque éste sea un atisbo que le cueste la vida”.⁴ Las esencias universales son para el *homo theoreticus* el armazón en que ha montado su vida. El idealismo que caracterizó al pensamiento clásico es un vivo ejemplo de ello.

Los individuos que poseen *valor estético* encuentran en la belleza, en el arte, la música, el movimiento, la armonía en general, su punto de apoyo. Pura contemplación psíquica. “Un

⁴ Spranger, Edward, *Formas de vida* (Traducción-Ramón de la Serna) Revista de Occidente, B. A., 1948, pág. 140.

emigrar", dice Spranger, "un transmigrar del alma en la multiplicidad de los objetos dados o soñados". El *homo aestheticus* vive la emoción psíquica, goza introyectándose el objeto, gozándolo contemplativamente".⁵

Porque está presente el *valor político* en las personas, consideran éstas de gran importancia afirmar su propia personalidad, respondiendo así a la natural urgencia de ser una persona y no un mero individuo. Este asegurarse a sí mismo, mediante el apoyo que dan los objetos y los oídos ajenos, suele manifestarse a través de diversas formas de dominio sobre otras personas.

El amor, que es la cualidad o urgencia psíquica que establece tanto el valor político como el valor social, va dirigido en este último hacia los demás, hacia la participación en la vida no sólo por nutrirse, sino por nutrirlos. El instinto de horda o la tendencia gregaria que se manifiesta en los animales tiende a proyectarse en los seres humanos hacia afuera y se convierte en servicio a los demás. En contraste con el orgullo que puede producir el gran saber o la petulancia que crea el gran poder, el *valor social* hace al hombre altruísta y sobre todo humilde.

El *valor económico*, en que la posesión de algo material, útil y práctico, resalta como importante, echa bases reales en el presente. El racionalismo utilitario del siglo dieciocho promueve el pragmatismo utilitario moderno. El valor económico no conoce otra alternativa que lo útil y lo aplicable contra lo fútil o nocivo.

El *valor moral* o religioso, que no sitúa necesariamente a las personas dentro de ningún credo particular, considera importantes ciertas verdades que se consideran universales o cuasi universales y un tanto infinitas o eternas. Es el ansia que tiene el hombre de proyectarse fuera de sí mismo, situarse sobre el mundo de las sensaciones.

El valor teórico arranca del apremio por conocer, por descubrir y puede verse en la curiosidad intelectual; el valor estético, de la urgencia por el placer; el valor económico, del natu-

⁵ *Ibid.*

ral deseo de poseer, de adueñarse de todo lo que existe; el valor político, de la necesidad de afirmar la personalidad buscando apoyo fuera de sí mismo; y el moral o religioso, del íntimo apremio por completar la "Gestalt" absoluta. Este es el esquema de valores de Spranger, el mismo esquema que han usado Allport, Vernon y Lindzey en la psicometría del presente y que sigue siendo motivo de estudio para el futuro.⁶

Importancia de los valores

No puede pensarse en un hombre civilizado sin valores. Éstos representan el signo distintivo entre el hombre y los animales o, como describe Leconte du Nuoy en su obra *Human Destiny*, "el punto culminante en el desarrollo evolutivo del hombre, la cristalización de una capacidad no presente en los animales".⁷

Los valores son los salvaguardias del tesoro humano al mismo tiempo que piedras angulares de su desarrollo. Asegura la "Educational Policies Commission" que el hombre tratará de mantener y perpetuar aquello que su inteligencia y experiencia le demuestran que es bueno, y luchará por transmitirlo por medio de la educación, a las generaciones por venir. El hombre separa lo que es verdadero de lo que es falso, lo feo de lo bello, lo que tiene valor de lo que no lo tiene, lo bueno de lo malo. Los antropólogos, Mead, Kluckhohn, Benedict, Boas, todos están de acuerdo con que, ya sea en los ambientes más estáticos o en los ambientes culturales más dinámicos y progresistas donde se enseña al ciudadano a vivir ajustándose y anticipando los cambios por venir, las personas van descubriendo verdades y tienden a perpetuarlas.

La herencia biológica perpetúa la sociedad porque los individuos se casan y procrean. Pero la sociedad es también una entidad funcional que se nutre de ideas y valores que pasan de

⁶ Allport, Gordon W., Bernon, Phillip E., and Lindzey, Gardner, *Study of Values*, second edition, Houghton Mifflin Co., N. Y., 1951.

⁷ Du Nuoy, Leconte, *Human Destiny*, Signet Books, Longmans, Green & Co., 1947.

unos miembros a otros a través de la convivencia. “Su perpetuación”, dice Ralph Linton, “está asegurada por la transmisión de generación a generación del acervo común de ideas y valores que da al grupo su *esprit de corps*”.⁸

“La vida sería una larga, desatinada, frustrante confusión”, dice Lewis Mumford, “si cada generación tuviese la total responsabilidad de descubrir por sí sola lo que es bueno”. “Por eso”, señala Mumford, “una ética puramente experimental, trabajada a la orden, de acuerdo con las situaciones que se presentan al hombre día por día, llevará ordinariamente al desastre”. Sin embargo, él no recomienda ceñirse al patrón habitual, tradicional o conservador; más bien sugiere que éstos sean puntos de apoyo o de partida para la conducta, aunque no garantizan por sí mismos el desarrollo del hombre.⁹

Véase, pues, que el hombre es persona, no porque haya evolucionado biológicamente, mejorando las funciones de su estructura, sino más bien por haber desarrollado su capacidad para la conciencia y especialmente la conciencia de sí mismo y para proyectarse sin limitación de ninguna clase, hacia una imagen de lo que desea ser. Por ello se empeña en valorar cada situación —respuesta de acuerdo con un plan dinámico de auto-transformación.

¿Cómo surgen los valores?

Los valores y los ideales han de explicarse a base del patrón que pasa de generación a generación desde el nacimiento hasta la muerte, sin que el individuo y la sociedad, como dice Linton, se den cuenta de ello.

Riesman describe un tipo de sociedad dirigida históricamente (“history-directed”); otra, dirigida por la íntima urgencia de saciar necesidades o apremios (“inner-directed”); y la

⁸ Linton, Ralph, *Estudio del hombre* (Versión española de Daniel F. Rubín de la Borbolla), Fondo de Cultura Económica, México, 1942, p. 126.

⁹ Mumford, Lewis, *The Conduct of Life*, Harcourt Brace & Co., N. Y., 1951, pág. 123.

sociedad que se inclina a dirigirse por las fuerza del medio circundante ("other-directed"). Con esta tesis está de acuerdo Ruth Benedict, así como Clyde Kluckhohn.

Nos parece que Reisman y los otros están trazándonos una pauta con su tesis sobre el origen de los valores humanos. ¿Qué motivos o fuerzas de nuestra íntima psicología, qué fuerzas o situaciones de la realidad vivida obran para que las personas lleguen a darle importancia a unas cosas y a despreciar otras como insignificantes?

La herencia biológica contribuye sólo indirectamente en la determinación de nuestra axiología. Ya se ha probado que existe íntima o estrecha relación entre la capacidad intelectual de las personas y los valores éticos y morales que poseen; entre su baja inteligencia, inferior al promedio, y la conducta anti-social que llamamos delincuencia.¹⁰

Los psicólogos no inventan nada aparte de los instrumentos que, como científicos del alma, utilizan para descubrir y describir las vivencias humanas. Descubrimos en ellos un esfuerzo por describir cómo se forman los valores. Reisman, como todo antropólogo y psicólogo, sugiere como explicación la raíz histórica y nos invita al estudio y a la evaluación de los logros de los pueblos en otras épocas, de sus éxitos y fracasos y de los motivos que llevan al hombre del presente a ensayar un método valorativo similar. También presenta al hombre orientado íntimamente, que intenta unas veces, y llega a atreverse otras, a ensayar formas nuevas de respuesta para satisfacer algún particular apremio de su personalidad. Estas son las alternativas un tanto necesarias en toda cultura como factor dinámico en la axiología. Además presenta al hombre orientado a tono con las fuerzas inmediatas y circundantes, que acepta racionalmente las decisiones de su medio cultural, y las convierte en corriente normativa en proceso continuo de adaptación.

¹⁰ Wiggan, Albert E., "Do brains and character go together?" *School and Society*, Oct. 4, 1941, Condensed in *Readers' Digest*, Nov. 1941.

Los valores del presente

Ya hemos hablado antes del carácter como la organización más o menos permanente de la conducta, la canalización de los impulsos del individuo respondiendo a razones sociales o históricas, o como el imperativo ético que gobierna cada acto de nuestra vida. No es parte del equipo biológico que traemos al nacer, pero es parte de la estructura de actitudes e ideas que levantamos sobre nuestras capacidades innatas. Reconocerá, pues, el maestro que el niño que viene a la escuela por primera vez tiene carácter, esto es, ya valora consistentemente las cosas, dándole más importancia a unas que a otras, gobernado, claro está, en su juicio por una norma muy egocéntrica: es bueno lo que satisface o hace bien; es malo lo que le disgusta. La maestra, los compañeros, los útiles de estudio, aun los padres, son objeto de valor a la luz de este fugaz criterio. Ese patrón de tendencias valorativas se entiende mejor cuanto mejor se entiende el carácter de la sociedad o grupo más inmediato a él, donde él se ha nutrido desde que nació. El maestro reconocerá, además, que dada la capacidad dúctil del ser, ya en los grados altos de la escuela elemental, en la escuela intermedia y, aún más en la escuela superior, el alumno habrá adquirido hábitos, conocimientos, destrezas, actitudes y especialmente valores en los cuales han jugado papel importante las experiencias tenidas con los objetos mecánicos de la escuela: libros, mesas, sillas, edificios; y con los elementos humanos de su ambiente escolar: compañeros, maestros, y directores y hasta los empleados menores de la escuela; que han influido además, factores extraescolares no siempre controlables: el cine, la radio, la televisión y el material de lectura asequible. Deberá aplaudirse el esfuerzo del sindicato de editores de tirillas cómicas que ya ha puesto bajo control los temas, el lenguaje y la presentación de tan atractivo material para niños de todas las edades. Reconocerá, además, que el alumno ha venido formando su conciencia, su superyó, al decir de Freud, en abierta lucha contra su herencia biológica, no para ignorarla, sino para remediar las limitaciones que ella puede haberle impuesto; contra su heren-

cia cultural, no peleando contra ella siempre como iconoclasta desesperado, sino para seleccionar de ella lo que resulta conveniente. Ese balance que se hace para engranar en la experiencia personal lo más conveniente de la herencia y la cultura es también una fuerza o factor que hace al hombre. Así lo ve Alexis Carrell, cuando habla "del otro desconocido" y así mismo lo visualiza la nueva psicología dinámica que describe el crecimiento y desarrollo humano como lucha del organismo por ser.

La sociedad tiene carácter como tiene carácter también la persona individualmente y es en la sociedad donde cada individuo está llamado a vivir. Las escuelas son formadoras del carácter en la medida en que responden a los valores de la sociedad. Permiten o toleran el desviarse del carácter de la sociedad y hasta lo estimulan con el cuidado de que la desviación no sea demasiado grande. Dice Kluckhohn que socializarse es rendir gran parte de la anatomía fisiológica al control cultural y seguir la mayor parte del tiempo los patrones culturales establecidos. "Precisa darse cuenta", añade, "que aquellos que retienen una medida de independencia muy grande, están llamados a parar en el manicomio, o en la cárcel".¹¹ La escuela, por tanto, dará al individuo el adiestramiento *técnico*: conocimiento sobre las artes, la ciencia y su aplicación; y también el adiestramiento *regulador*: el conocimiento sobre las maneras y costumbres aprobadas por la sociedad.

Jerarquía de valores

¿Qué tipos de valores entre los conocidos y que hemos mencionado antes tienen en el presente mayor jerarquía?

El mundo del presente es la culminación, en términos de tiempo, de una tendencia que caracterizó al siglo dieciocho. Parécenos posible visualizar situaciones hogareñas donde los mayores dejan ver en todo lo que hacen y hasta dicen muchas

¹¹ Kluckhohn Clyde, *Mirrors for Man*, Whittlesey House, McGraw Hill Book Co., N. Y., 1949, pág. 197.

veces a los menores, aseveraciones como ésta: “lo importante es la plata, después que usted tiene eso no necesita más”, o si no, “demuestre que usted es un macho, el mundo es de los bravos”. Ya en muchas ocasiones se han estudiado las principales preocupaciones de distintos grupos y todo parece indicar la preponderancia del valor económico sobre otros valores en el hombre moderno. Aun Spranger dice: “Vida falta de amor y por completo exenta de conocimiento sería físicamente posible. La ausencia de toda satisfacción económica de las necesidades amenazaría la vida”. Reflexiones sobre los valores del presente las han hecho Lewis Mumford, Leconte du Nuoy, Alexis Carrel, Erich Fromm. Parecen todos estar de acuerdo en que el problema no es uno de ausencia de valores sino de jerarquía de valores. Cada padre o madre y cada maestro parece que le está diciendo al niño: “hay que atender a lo más importante primero; al decir del inglés, “put first things first”. El problema es, ¿qué consideramos que va primero: dinero, conocimiento, poder sobre los demás, servicio a otros, belleza, o las virtudes morales?

El tono moral de los valores

Los valores morales podrían visualizarse aparte e insistir en su enseñanza al estilo de catecismo mediante clases especiales, método que consideramos ya inadecuado. Más bien consideramos importante que las virtudes o valores morales permeen todas las actividades humanas. Un valor es moral si no se convierte en un fin. Todo, el dinero, el conocimiento, la belleza, el poder, el servicio, pueden tener como fin único el aproximarse a la religiosidad ética, a la situación espiritual de la vida.¹²

¿Qué es la cualidad moral?

¿Sobre qué bases llamamos la atención a nuestros hijos o dirigimos a nuestros discípulos, o discutimos con nuestros amigos? No puede existir otra base que lo que nosotros conside-

¹² Spranger, Edward, *op. cit.*

ramos lo bueno, "the good life", al decir del inglés. Mentores como somos los padres y los maestros, usamos el equipo de valores que hemos llegado a desarrollar para educar a otros. Diferencias pedagógicas, sin embargo, merecen señalarse: el adoctrinar, el permitir libertad al alumno para ensayar con los valores hasta llegar bajo dirección a asegurarlos, y el *laissez faire*, o sea, no preocuparse por la forma como sienten y piensan los niños sobre las cosas siempre que aprendan los datos que se les quiere enseñar.

Es verdad que hoy día existe cierta incertidumbre en cuanto a normas sobre lo bueno. Erich Fromm lo describe muy bien. Explica que el hombre logró desatarse de las ligaduras históricas, de los valores fijos que se enseñaron antes de generación a generación dando paso a la libertad de juicio, de pensar, escoger, crear. Hoy se encuentra en estado de desolación y lucha por escaparse de su propia libertad. Vuelve a fijarse normas de cierto grado de permanencia o eternidad como único escape de su desintegración.¹³ La muy llamada crisis del hombre moderno va haciendo crisis y el hombre ha de encontrarse a sí mismo. Su destino evolutivo, dice Leconte du Nuoy, es su conciencia moral. No podemos escapar. Creemos que un maestro que no llegue a plantearse el problema ético o moral y que no sienta la responsabilidad de dirigir a los alumnos en la formación de un carácter gobernado por juicios éticos, no está preparado para la labor educativa, pese a su gran caudal de conocimientos generales y especializados.

Éste es a juicio nuestro el tipo de maestro que exige la cultura democrática. La fe en la democracia y los principios que la sostienen, según Hutchins, es clave segura para la solución de muchos graves problemas del hombre contemporáneo; y los valores de la democracia son los valores de la ética hebreo-greco-cristiana.¹⁴

¿Podrá dársele a la enseñanza ese tono ético o moral, que

¹³ Fromm, Erich, *Escape from Freedom*, Rinehart & Co., N. Y., 1941.

¹⁴ Cole, L. E., "Character education", *Baltimore Bulletin of Education*, June 1950.

asegure los logros que exige el carácter del hombre en la democracia?

Hanor A. Webb, profesor de química de "George Peabody College for Teachers", hace la siguiente proposición: "En la clase de lectura los niños pueden aprender que al hablar y al escribir deben siempre responder a la verdad. La aritmética puede puntualizar la honradez, la historia puede destacar las cualidades elevadas del carácter de los patriotas. La clase de ciencias ciertamente puede enseñar la lección de la ley y el orden y señalar la ruta hacia el pensar críticamente —un poder que todos los hombres de carácter deben poseer y si el maestro es reverente—, hasta llegar a reconocer a Dios al mismo tiempo que se estudia la obra suya.¹⁵ ¿Es eso deseable? Sólo lo sabe el maestro que pasa por la vida como estudiante de su cultura sin ser un sello de goma, pero sin resistir con soberbia las direcciones culturales porque no satisfagan sus deseos, muchas veces infantiles. Lo deseado no puede ignorarse, pero en términos de valores hay distancia entre lo deseado por los alumnos y lo que es deseable enseñarles. Hay que tender un puente. Lo que no le interesa a los niños por el momento puede ser deseable o necesario para la formación de su carácter y puede llegar a constituir interés permanente dándole a su vida solidez y estabilidad.¹⁶ La escuela no puede tener otro fin que el de producir seres humanos responsables, autodisciplinados, bien informados y maduros. Cuando no resulta así suele preguntarse, ¿qué le pasa a nuestras escuelas?, y debiéramos preguntar, ¿qué le pasa al hombre de hoy?¹⁷

Las experiencias del ambiente inmediato de los niños, esto es, su contacto con personas cercanas a él, primero sus padres y familiares y luego sus maestros, tienden a ser decisivas en la formación de su carácter. Personajes más remotos que aparecen retratados en los libros, o que se idolizan en la radio y la tele-

¹⁵ Webb, H. A., "Character in the atomic age", *Phi Delta Kappan*, Oct. 1951.

¹⁶ Frondizi, Risieri, "Las nuevas ideas psicológicas y su corrupción", *La Torre*, sept.º 1954.

¹⁷ Wylie, Phillip, "What your education is worth?", *Readers' Digest*, Dec. 1947.

visión, tienden a ser decisivos en la formación del carácter de niños, preadolescentes y jóvenes. La televisión parece ejercer una gran influencia en la gente, especialmente en los niños. Ya los educadores se están ocupando de estudiar su importancia educativa así como el peligro de producir direcciones torcidas en su carácter.¹⁸ Mayormente comercial, la televisión no tiene como propósito enseñar, sino excitar y entretener más que educar o iluminar. Los niños corren tras ciertos programas de televisión como ratones tras el flautista de Hamlin y aprenden muchas veces actitudes y valores que les parecen atractivos pero que no son deseables.

Los niños no son responsables de su carácter. Han aprendido sus valores ya por acondicionamiento o por imitación, o generalizando de variadas situaciones por su sensación hedonista, individualizando por el mismo motivo. No podemos exigirles responsabilidad porque sea de esta o aquella manera. Sí tratamos de guiarlos hacia el autoanálisis, a lo que la psicología "Gestalt" llama "insight" o introversión, para que se hagan entonces responsables, se encuentren a sí mismos.

El maestro sí puede, por su inteligencia y su mayor madurez, por su llamado a la aventura a formar a otros, mantenerse permanentemente en el plano del autoanálisis preguntándose: ¿Qué creo sobre el dinero, las cosas materiales y su valor, qué creo sobre la importancia del saber, sobre la importancia de la belleza, qué sentido de servicio a los demás gobierna mi vida, qué importancia le doy a mi propia persona y también, qué creo yo sobre la justicia, la verdad, honradez, etc., como apremios del alma?

Evaluación de valores

A todo maestro le gustaría averiguar cómo se está desarrollando el carácter de sus alumnos. Ya se ha hablado aquí de técnicas para el estudio del niño: la entrevista, el cuestio-

¹⁸ Shayon, R. L., *Television and Our Children*, Longmans, Green & Co., N. Y., 1951.

nario, la escala de autoevaluación, los inventarios de intereses, la sociometría y de otras técnicas proyectivas más complicadas, como el Rorschach y la apercepción de láminas.

El Test de Valores de Allport, Vernon y Lindzey es el instrumento más usado desde hace diez años para todo estudio de valores y utiliza el mismo esquema de Spranger que hemos presentado ya.

El maestro, sin embargo, a veces se vuelve impotente porque los instrumentos psicológicos que se recomiendan a veces son muy complicados, otras veces requieren tiempo con el cual no dispone y otras veces los resultados no responden a la realidad.

No se sentirá impotente, sin embargo, si hace de la evaluación de los valores constante marco de referencia como ha convertido en marco de referencia el curso de estudios, el libro de texto u otra fuente para juzgar el aprovechamiento en las asignaturas que explica.

La constante observación del alumno en el diario bregar, de las ideas y actitudes expresadas por escrito y oralmente, la observación de su conducta durante las discusiones en clase y en las pláticas no controladas entre grupo, el conocimiento de sus conceptos de la vida en el presente y sus aspiraciones para el futuro, su comportamiento en la escuela y fuera, todo ello, puede llevar al maestro a la evaluación del carácter.